

# DECLINAR LA VIOLENCIA

Pablo ETCHEBEHERE

## Resumen

La violencia nos muestra tantas caras que es difícil mirarla a los ojos. Desde las experiencias personales pasando por las acentos o irrelevancias de la opinión pública es necesario encontrar una definición de la violencia que permita la comprensión de todos sus significados. En este esfuerzo queremos, desde el aporte del análisis existencial frankleano, mostrar un concepto claro para así poder señalar líneas de acción a la altura de nuestros tiempos.

## Abstract

### Declining violence

Violence shows so many faces that it is difficult to look it in the eye. From personal experiences to the accents or irrelevance of public opinion, it is necessary to find a definition of violence that allows us to understand all its meanings. In this effort, we would like to use the contribution of the Frankl's existential analysis to show a clear concept in order to be able to point out lines of action at the height of our times.

**Palabras clave:** Violencia. Poder. Poder espiritual. Conciencia.

**Key words:** Violence. Power. Spiritual power. Consciousness.

## Introducción

Hace más de 2000 años el saber se organizó bajo el nombre de filosofía, de amor a la sabiduría. Poco a poco el saber se fue especializando, creando otras formas de entender y exponer lo real.

Esta especialización constante a la cual se fue sometiendo el saber nos lleva a la cuestión sobre qué rama de dicho saber ha de asumir el tema, en este caso, de la violencia. ¿La psicología?, ¿la sociología?, ¿las ciencias políticas? O, tal vez, y este será el horizonte de nuestra exposición, ¿le cabrá a la filosofía decir algo sobre la violencia?, ¿es acaso válida su mirada?

## De la palabra al concepto

Estamos acostumbrados a hablar, a usar de las palabras, ya resbalamos sobre ellas sin saber qué estamos diciendo, ya ejerzamos, a través de ellas, un dominio a veces despótico. Así, gracias a ellas, controlamos la realidad reduciendo su margen de novedad, reduciendo también su margen de arbitrariedad, e incluso a veces de desconcierto con las sorpresas de la realidad.

Pero ellas, las palabras, también nos dominan, ejerciendo sobre nosotros su poder, ese poder que le habíamos confiado y que ahora nos cerca, encerrándonos, esclavizándonos.

De este modo, las palabras violentan y nos violentan mostrándonos su tiranía: no nos dejan ir más allá del círculo con el que nos configuran y tampoco dejan que otra realidad más allá de la nombrada aparezca. Nuestro mundo, entonces, es nuestro lenguaje.

Baste como ejemplo de ese dominio, el hecho de que se suelen *domesticar* -vaya eufemismo- los seres que no hablan, como los animales, o que aún no hablan, como los infantes, o a los que le han quitado la palabra, como a los esclavos.

Si prestamos atención al origen de la palabra violencia, notamos que ésta tiene el mismo origen que poder, fuerza (Corominas, 1973). Pareciera, entonces, que, en su origen, ella no estaba, como hoy, asociada al abuso, sino al señorío. Tal vez, antiguamente, la violencia era el modo en que se ejercía el señorío o, incluso, una manifestación de la virtud. De este modo, la violencia no pertenecía solamente al ámbito de la fuerza bruta, sino también al ámbito de la ética, como, por ejemplo, cuando se hablaba de la virtud de la fortaleza. Vemos, entonces, como la palabra violencia exige una aclaración para que no nos fuerce desde fuera y nos permita expresar lo que queremos expresar. Debemos ingresar a su sentido con *pies de paloma* (como diría Nietzsche).

Lo primero que notamos al buscar el sentido de la palabra violencia es -como dirían los lógicos- que su extensión es tan grande que casi no tiene comprensión, es decir, se aplica a tantos casos que no tiene un significado propio, sólido. Así, al escuchar la palabra violencia se la relaciona con la violencia de género, o con la política; a veces con violencias padecidas, otras con las violencias ejercidas, o incluso realizadas por nosotros mismos. Desde el deporte hasta la familia, desde lo humano a lo animal, desde lo racial a las redes, desde lo pasional hasta incluso el amor, la palabra violencia muestra una variedad muy amplia de significados.

De ahí la necesidad, y este será el aporte de la filosofía, de pasar de la palabra al concepto para saber, así, de qué hablamos cuando hablamos de violencia.

## **Horizontes para abordar la violencia**

Creemos que la violencia se puede asumir desde tres horizontes. El primer horizonte de abordaje de la violencia es el de la experiencia personal, el segundo es el del contexto social y el tercero, al que queremos llegar, es el del concepto.

Consideramos que no podemos llegar a este último horizonte sin recorrer, o al menos considerar, los dos anteriores para no caer así en cierto idealismo, en cierta utopía. A este respecto queremos traer a colación las palabras de Hannah Arendt en su obra sobre el juicio a Eichmann:

«una de las lecciones que nos dio el proceso de Jerusalén fue que el alejamiento de la realidad y la irreflexión pueden causar más daño que todos los malos instintos inherentes, quizá, a la naturaleza humana» (Arendt, 2010, p. 418).

Queremos conjugar, entonces, cercanía a la realidad con reflexión, para ingresar en nuestro tema de la violencia.

### *Experiencias*

Al escuchar hablar de violencia se despiertan en nosotros innumerables imágenes, emociones, recuerdos; algunas de estas experiencias fueron vividas, otras leídas, algunas oídas de otros que las han vivido.

Cabría a una vertiente de la fenomenología elencar las experiencias de violencia, tarea amplísima pero fascinante y que develaría muchos ámbitos de lo humano del hombre. Pero, sin poder realizar dicho elenco, nos conformaremos con señalar, al menos, dos ámbitos de experiencia de la violencia: la que padecemos y la que ejercemos; o con otras palabras, violencias pasivas y violencias activas.

Ambas violencias coinciden en algo: nos sacan de quicio. La emoción violenta se manifiesta en una alteración que *nos pone alterados*, que nos convierte en otro, al cual, muchas veces, no reconocemos. Pareciera que estas experiencias activas y pasivas de violencia son recubiertas de olvido o, lo que es peor, de explicaciones. Claramente nos estamos refiriendo aquí a las violencias súbitas -violencias violentas, virulentas- que dejan, empero, efectos que permanecen en el tiempo. No estamos aún ingresando en esas formas de violencia que son fruto de una cosmovisión o de un plan de acción.

Comprobamos así la fragilidad humana, su labilidad: no somos señores en nuestra propia casa. Pero no podemos desconocer que estas experiencias, por su posterior justificación o encubrimiento, van a matizar nuestra forma de comprenderla.

## *Contexto social*

¿Qué postura hemos de tomar con la violencia?, ¿no está esta postura condicionada por nuestro entorno? Llama la atención cómo cada época tiene una mirada sobre la violencia. Así como en la antigüedad la ira era una pasión que se consideraba humana, así como se cultivaba la valentía, también se buscaba alcanzar una tranquilidad para el alma alejada de toda violencia. En nuestros días tendemos a condenarla, pero, a su vez, la usamos como medio de expresión. Llama también la atención cómo, en ciertas películas de corte futurista, el hombre es representado más allá de las pasiones, siempre sonriéndose y dominándose..., como si soñáramos con un mundo sin *homo patiens*...

Debemos tener en cuenta que cada época tiene su sensibilidad propia, con miedos y esperanzas propias, pero también con herramientas y métodos para comprender y llevar a cabo dicha sensibilidad. Es así que, cada uno de nosotros, si bien piensa desde sí mismo, no siempre piensa por sí mismo, en tanto que no crea sus ideas desde su propia experiencia de la realidad, sino por los criterios de la realidad que le dejan ver la familia, la comunidad y los diversos grupos a los que pertenece.

Es por eso que hicimos referencia anteriormente a la *sensibilidad de la época*, la cual moldea la forma de ver las cosas. Ahora bien, ¿qué rasgos tiene nuestra época?

La obra de Hans Blumenberg (2000), *La legibilidad del mundo*, comienza con las siguientes palabras: “si queremos reducir a una todas las formas usuales de la crítica cultural, sale a relucir que el malestar en la cultura está dominado por una decepción en la que nadie es capaz de decir cuáles fueron las expectativas que han sido defraudadas” (p. 11). En lo que sigue, no queremos ni sumar malestares ni expectativas, solamente dar cuenta de algunas características que, con respecto al tema de la violencia, nos llaman la atención. Siguiendo lo dicho por Blumenberg, es significativo el porqué tendemos a juzgar nuestro modo de vida desde otro tiempo, en el cual nunca hemos vivido. Así, escuchamos frases como *debemos recuperar* o *ya nacerá*, expresiones que dan cuenta de algo utópico en el hombre que le hace añorar lo que nunca ha vivido o soñar en lo que nunca participará. Entonces podemos soñar con épocas donde la vio-

lencia era un signo de valor o valentía o donde la violencia fuera castigada por la ira de los dioses, épocas paradisíacas, pero, como tales, al menos no vividas por nosotros.

Una de las características que nos llama la atención en el tema actual de la violencia es el de manifestarse como reacción colérica, como respuesta a una realidad que tiene el rostro del abuso. Pareciera que cabe incluso una violencia legítima o, al menos, que una respuesta agresiva está justificada.

Creemos que esta justificación descansa en un modo de ver la vida bajo la categoría de lucha, categoría que se manifiesta en todo gesto humano. La lucha no sólo organiza nuestra forma de trato social, sino también el modo como nos paramos ante la realidad: una actitud vital. Por otra parte, esta idea de lucha recorre la historia del pensamiento, desde el fragmento de Heráclito (frag. 53, citado por Mondolfo, 1971, p. 37) “la guerra es el padre [la madre] de todas las cosas”, hasta la concepción bélica de la historia en Ortega y Gasset (2004). Tal vez fruto de las diversas revoluciones que se dieron en el siglo XVIII –la industrial en Inglaterra, la política en Francia y la filosófica en Alemania-, el concepto de lucha se plasma como forma de representación social durante el siglo XIX, ya sea como lucha de clases o de poderes.

En el siglo XX, las dos guerras mundiales no dieron paso, paradójicamente, a una búsqueda de la paz, sino que las trágicas lecciones de la guerra dieron frutos en otra forma de guerra, las revolucionarias, sobre todo en los países del Tercer Mundo. Guerrillas revolucionarias que, incluso, encontraban en la religión la justificación para ejercer la violencia.

Otra característica que llama la atención en cuanto al tema de la violencia contemporánea tiene que ver con la reivindicación de derechos, reivindicación que nuevamente tiene la forma de lucha social. Reivindicación -que curiosamente viene de la palabra *vengar*- parece ser la palabra de nuestros tiempos. Buscamos vengarnos de algo, destruir viejas estructuras, pero no construir lugares de encuentro, crear, mediante el diálogo, mejores estructuras.

Pero el siglo XXI ha traído una novedad en el modo de ejercer la violencia. Esta novedad radica en que la violencia se ejerce anónimamente, de un modo impersonal. Traemos aquí a colación nuevamente las palabras de Arendt (2010), cuando habla del “Imperio de Nadie” (p. 421). Con esta expresión, la autora se refiere a la forma de la administración política conocida con el nombre de burocracia, cuya perfección se alcanza cuando nadie es responsable de ejecutar actos (cfr. Arendt, 2010). Abundan ejemplos de experiencias personales cuando, al querer comunicarnos con alguna dependencia administrativa para resolver cierta dificultad o realizar algún trámite bancario, una grabación –hoy una conversación con una inteligencia artificial- nos indica qué pasos seguir; los cuales a veces no contemplan nuestra situación, sin que haya nadie detrás que nos comprenda y resuelva el problema. Esta experiencia de estar ante nadie y sentirnos nadie genera muchas veces reacciones violentas.

Así, una nueva raíz de la violencia nace en nuestros tiempos: la despersonalización. Jugando con las palabras podemos decir que el *Imperio de Nadie* nos indigna porque nos hace darnos cuenta de que hemos perdido nuestra dignidad: ya no le importamos a nadie. Como dice Octavio Paz (2015): “el ninguneo es una operación que consiste en hacer de Alguien Ninguno. La nada de pronto se individualiza, se hace cuerpos y ojos, se hace Ninguno” (p. 65).

Es esta una de las claves de la violencia actual: la pérdida de reconocimiento de la dignidad. Así reclamamos y a veces, mediante la violencia, obtenemos un grado de dignidad con el cual conseguimos ser considerados, pero esta dignidad es pasajera ya que es relativa a una valoración. La superación de la violencia, a nuestro entender, sólo puede lograrse en tanto que se trate al hombre no desde una dignidad relativa –educativa, económica, social o de raza- sino desde la dignidad incondicional. Este paso de lo relativo a lo absoluto es, creemos, esencial para la superación de la violencia y, tal vez, uno de los esfuerzos propios de la filosofía.

De este modo, mirando al hombre desde lo humano, desde lo incondicional, es decir, de un modo absoluto, podemos encaminarnos hacia un trato pacífico. Anteriormente distinguimos entre una violencia ejercida y otra padecida. La persona a la cual se le oculta su dignidad incondicional se la violenta y se le hace creer que no es nadie. La violen-

cia desde la indignidad hace que el hombre se abandone a sí mismo, llegando incluso a justificar el padecer violencia.

### *Hacia un concepto de violencia*

Alcanzar un concepto de violencia es algo arduo, incluso violento dado que puede producir modificaciones al modo en que usamos las palabras o también ir en contra de lo que se cree socialmente -tópicos-. Este conflicto no es nuevo y no por nada los griegos llamaron *dialéctica* a la lucha de opiniones, a la lucha de conceptos opuestos.

Tendemos a asociar la paz, la tranquilidad o la quietud a una situación histórica, un paisaje o a un clima. Incluso usamos expresiones como *que en paz descanse* o *la paz está en los cementerios*, refiriendo entonces la paz a la muerte y a todo cambio en la vida. Por el contrario, usamos expresiones de admiración hacia alguien hablando de su vivacidad o vitalidad. De ahí que descubrimos que una de las condiciones para que aparezca la violencia es la realidad del cambio.

Ahora bien, todo cambio puede construir, ir hacia la generación -como se decía en el Medioevo- o destruir, es decir, ir hacia la corrupción. De este modo, todo cambio puede orientarse hacia el bien, como en la educación o la sanación, o bien orientarse hacia el mal, como en una tortura. Por otra parte, podemos distinguir entre cambios llamados naturales, que se dan por sí solos, como el crecimiento de una planta en estado silvestre, y cambios violentos, es decir, cambios donde la naturaleza se ve forzada, como cuando podamos una planta o creamos un bonsái.

Con todo, ¿qué es lo que produce ese cambio? Solemos utilizar palabras como fuerza o poder. Como dijimos anteriormente, la palabra violencia tiene la misma raíz que fuerza, que poder y que vigor. Entonces, un primer rasgo de la violencia es que su poder es forzoso, es decir, o bien es contrario al, va en contra del, movimiento natural -como cambiar el cauce de un río-, o bien es involuntario, es decir, va en contra de la voluntad del hombre, ya sea porque no se ha pensado o porque no se lo ha querido, ambas, en todo caso, formas de violencia. De este modo, un movimiento es violento cuando fuerza a una realidad en sentido contrario a lo que esa realidad tiende, piensa o quiere.



Pero es necesario agregar otro rasgo. Como dijimos, el cambio puede ser para el bien y en este sentido el poder se manifiesta plenamente. Poderoso es aquél que puede sin demora y sin esfuerzo alcanzar un bien o lograr aún un bien mayor. Rozamos aquí un concepto afin: el de la virtud. Hay, entonces, un poder que es capaz de mejorar las cosas de un modo que su poder no fuerza, no va en contra de la libertad. Cabe aquí preguntarse si ese poder está aparente o verdaderamente orientado a la mejora de algo, si se ordena a lo óptimo. Pensamos aquí en las mejoras genéticas: ¿cuáles son efectivamente las mejoras?, ¿lo son a largo plazo? Los debates bioéticos están aquí llamados a ser constantemente reformulados y, nuevamente, nos llevan a plantear el tema de la dignidad incondicional. Porque tal vez no estamos mejorando sino violentando una realidad.

¿Dónde se manifiesta entonces un poder como violento? Claramente en su carácter destructivo, en tanto que no busca ninguna mejora, sino la desaparición de una realidad. Su orientación no es hacia el bien -real o incluso aparente, pero bien-, sino hacia el mal.

Entonces, constituye a la violencia la forzosidad destructora. Estos son los rasgos de la violencia activa, pero también hemos hablado de una violencia pasiva, es decir cuando la sufrimos. Aquí el rasgo propio es la debilidad, una especie de *despoder* que pone a la realidad en un estado de desprotección. Frente a estas realidades, el poderoso puede aprovecharse, dado que por la otra parte no habrá oposición, solo sumisión. La fragilidad de lo real es también una condición de posibilidad de la violencia, de una forma más sutil, incluso más elaborada: la explotación del débil.

### **Declinar la violencia en clave frankleana**

Luego de señalar las dificultades de abordaje, intentamos definir la violencia como un poder que se ejerce forzosamente con la característica agregada de ser destructivo, es decir, en aras del mal. Queremos ahora presentar una perspectiva logoterapéutica del tema de la violencia.

Consideramos que la teoría frankleana de la dimensionalidad del hombre puede servir como método hermenéutico para profundizar el tema de la violencia.

Como ya hemos visto, todos somos conscientes de la necesidad de especializar el saber, pero también lo somos del riesgo que implica ver la realidad desde una sola especialidad. De ahí la exigencia de traspasar - pensar es traspasar- los límites de la especialidad e intentar una mirada unificadora de lo real, en este caso de *la realidad violencia*. Tengamos en cuenta que esto también se aplica a la logoterapia, es decir, ella también debe escapar de esta trampa hermenéutica.

¿Cuáles son las raíces desde las cuales brota la violencia en clave logoterapéutica? Esta pregunta supone algo grave y es que la violencia tiene una realidad que no puede ser soslayada, ni evitada, y frente a la cual no se puede mirar hacia otro lado. Aunque tampoco debemos magnificarla.

Queremos señalar dos raíces desde las cuales nacería la violencia. Una es la raíz antropológica, la otra la raíz ontológica.

### ***Raíz antropológica***

Consideramos que la violencia tiene una doble condición de posibilidad en el ámbito antropológico. La primera radica en la constitución del hombre como unidad múltiple (Frankl, 1983). El hombre ni es un sólido bloque de unidad, ni tampoco una diversidad caótica. En él conviven ambos, él es un horizonte de unidad y diversidad.

Ahora bien, cada vez que el hombre es asumido unidimensionalmente -tanto en la vida como en la teoría-, surge la posibilidad de que se origine la violencia en tanto que una dimensión fuerza a las otras dimensiones hacia el olvido, hacia el desprecio, hacia la nada.

De este modo, considerar al hombre o proponerle que viva desde una sola de sus dimensiones, instala un modo violento de pensar y de vivir. Así, la facticidad desprecia a la existencia y viceversa: cada una de

estas dimensiones se encierra sobre sí misma considerando indigna a la otra.

La segunda raíz antropológica radica en que, al ser el hombre una unidad múltiple, tiene una tarea, la cual consiste en que la existencia debe hacer suya la facticidad, debemos lograr que la facticidad sea un órgano, un instrumento de nuestra existencia para lograr así ser dueños de nosotros mismos.

Nace así una cierta lucha, un combate espiritual, en el hombre mismo. Habría que ver si una forma de sentido en la vida no estaría también en esta lucha. Pasaríamos, entonces, de una lucha o combate a hablar propiamente de un cuidado espiritual. Entonces, esta lucha, al transformarse en cuidado, no se resolvería violentamente sino en la forma de diálogo.

La tarea logoterapéutica del hombre consigo mismo consiste, de este modo, no en atacar la facticidad, no en negarla como si ella no existiera, sino en conducirla a su realización; o con otras palabras: solo si el hombre se autotranscende puede evitar este tipo de autoviolencia. La autotranscendencia es, entonces, un logos, una palabra, con la cual la existencia y la facticidad dialogan mutuamente.

Cabe aquí preguntarse si el hombre no se violenta a sí mismo en tanto que abandona el cuidado de sí por la dificultad que ello implica. La autotranscendencia es algo arduo que exige una educación de sí mismo, esto es, un poder de la voluntad aplicado a sí mismo.

Esta educación de sí mismo permitirá responder a lo fatal que hay en el hombre de un modo no violento, sino trascendiendo en valores de actitud. Es esta la tarea del *homo patiens*.

Por eso, si la dimensión espiritual -la existencia- no hace suya la dimensión fáctica, el hombre se ve forzado a hacer lo que no quiere hacer; al no llegar a ser señor de sí mismo -fruto de la autotranscendencia- se ve forzado a hacer lo que le imponen desde afuera, en detrimento de sí mismo, formas claras de violencia.

De acuerdo con estas raíces antropológicas podemos señalar varias dimensiones de la violencia. Así, nos encontramos con violencias físicas como las agresiones de tipo brutal donde precisamente la dimensión física se vuelve *todo el hombre* y hace oídos sordos a otras dimensiones, convirtiendo al hombre en un salvaje. Es este tipo de violencia la más palpable y aquella que suele servir de ejemplo, pero que sea la más evidente no significa que sea la más profunda.

Cabe también una violencia en la dimensión psicológica. Por ser más refinada que la anterior es, por lo tanto, más grave, más inhumana. Pertenerían a esta dimensión los abusos de conciencia y todo tipo de manipulación psicológica.

Cabrían también violencias desde la dimensión social, las cuales conjugan las dimensiones anteriormente citadas. Desde la propaganda política, por ejemplo, se generan todo tipo de odios raciales o grupales que terminan finalmente en agresiones físicas. Cosa propia de nuestros tiempos son las violencias en redes, donde el anonimato, ese *Imperio de Nadie*, al cual aludimos anteriormente, potencia aún más todo tipo de sesgo.

Podríamos finalmente preguntarnos: ¿hay una violencia espiritual? Llegamos, a nuestro entender, a uno de los centros de este escrito. Sabemos que Frankl habla de una capacidad de oposición del espíritu, pero ¿es esta capacidad violenta?

Así, el hombre desde la dimensión espiritual no ejercería violencia, sino que ésta surgiría cuándo ese poder espiritual se oscurece y se abandona a las otras dimensiones. Pero lo que sí tiene la dimensión espiritual frente a las calamidades, incluso frente a las violencias padecidas, es el poder o capacidad de superación.

Luego de tratar las raíces antropológicas cabe tratar las raíces ontológicas.

## *Raíces ontológicas*

Podemos aspirar a un mundo de paz, aspirar a un mundo sin violencia, pero esta aspiración no es realista. Nuestro mundo no está ordenado para que el hombre sea lobo del hombre, ni bajo la ley del más fuerte, formas éstas que hacen de la violencia el modo humano de actuar. Nuestro mundo tampoco está ordenado como pura paz, como una tranquilidad donde la violencia no existiera, un mundo donde el solo poner la otra mejilla resolviera todas las cuestiones.

Nuestro mundo es un mundo de luces y sombras, de días y noches, de guerras y de paz. La presencia del mal hace posible la violencia dado que la violencia es un vehículo del mal en tanto que, como ya dijimos, orienta el poder hacia la destrucción, hacia la nada.

Frente a la presencia de mal podemos tomar diversas posturas. Una de ella es asumir el mal como algo necesario en el devenir del mundo. *No hay mal que por bien no venga*, suele decir el refranero popular. Damos así una identidad tal al mal que, sin él, el bien no sería bien, no brillaría tanto, no gustaría tanto. Esta presencia del mal hace, como ya dijimos, de la violencia su herramienta... *Esto me va a doler más que a ti*, suele ironizarse sobre los castigos de los padres a los hijos.

Otra postura hace del mal algo pasajero en el devenir del mundo. La famosa frase de los fisiócratas *dejar hacer, dejar pasar*, nos invita, por el contrario, a la inacción frente al mal, a la indiferencia, como si las cosas por sí solas se fueran a ordenar. Entonces, influidos por esta idea del mal, evitamos todo tipo de lucha y lo espiritual se manifiesta no en su poder, sino en su apatía: a la violencia le oponemos la *no-violencia*. Vemos, entonces, cómo pasamos de una justificación de la violencia por la presencia del mal a una inacción o apatía por esa misma presencia.

Pero cabría aún una tercera postura que es la de la omnipotencia. Según esta postura el bien y el mal están en las manos del hombre, quien se concibe, entonces, como señor del bien y del mal. De este modo el hombre comienza a jugar con la vida y con la muerte. Él decreta quién y cómo vivir, él decreta quién y cómo morir. Este poder fáustico asume que puede ir más allá de cualquier límite y convierte todo poder en violencia.

No siente frente a lo real ningún *temor y temblor*, solo afán y voluntad de poder. Ahora bien, ¿cómo entonces relacionarnos con el mal?

## **De la violencia al poder espiritual**

No cabe duda que, ante una injusticia, nos indignamos; ante una injusticia nace en nosotros una sensación de impotencia que genera una respuesta violenta: ojo por ojo.

Si miramos desde el horizonte que brota de las raíces antropológicas y ontológicas, descubrimos que la vida humana es dramática, es decir, cada hombre tiene ante sí una tarea que consiste, por una parte y como ya dijimos, en hacer suya la facticidad sin abandonarse a ninguno de los destinos; y por otra parte, en discernir entre el bien y el mal. A su vez, de acuerdo con lo dicho, el debilitamiento, el ocultamiento o el olvido de la dimensión espiritual, conlleva la aparición de la violencia física, social, psicológica. Uno de los dramas del hombre estará entonces en conducir la violencia hacia el poder.

Frente a esto, y a pesar de esto, cabe -como en todas las épocas- la realización del poder espiritual.

Esta realización implica, como ya hemos dicho, atender a un cuidado espiritual que, para nuestro tema, consiste en una educación de la conciencia como órgano del sentido y, más aún, como *eso* espiritual que distingue el bien y el mal. Esta tarea, plenamente ética, no consiste precisamente en adoctrinamientos -que sería una violencia psicológica- sino en invitar al hombre a qué, conscientemente, defina el bien y el mal. Comúnmente damos por supuesto qué es lo bueno y qué es lo malo. Expresiones como *inscripto en el corazón del hombre*, no soporta el *experimentum crucis* que sufrieron los enviados a los campos de concentración.

Si bien podemos hablar de cierta intuición del bien y del mal, lo que queremos proponer a través del cuidado espiritual es un discernimiento consciente de ambos términos, es decir, pasar de las palabras a los conceptos.

Este cuidado espiritual fomentaría el poder espiritual al desarrollar la conciencia humana.

La formación de la conciencia o, como la llamaban los estoicos, el intelecto que domina, el *nous hegemónikón*, debe ir de la mano de una mirada digna hacia el hombre. Creemos que, para que brille el poder espiritual, no basta la formación de la conciencia, sino que es necesario un recuerdo constante de la dignidad incondicional del hombre. Como señalamos anteriormente, la violencia surge, muchas veces, a partir de dignidades condicionales, que dan nacimiento a miradas racistas, de sesgo, elitistas. La dignidad incondicional del hombre sobrepasa a todas estas otras dignidades y permite construir una civilización.

Podemos decir que hay épocas cultas pero inciviles, épocas de erudición pero que descuidan el ser civilizado. ¿Qué queremos decir con esto? Un humorista español suele decir *donde no ha llegado el aceite de oliva, no ha llegado la civilización*. Por civilización entendemos, entonces, un estilo de vida que abarca desde lo culinario y el vestir, hasta las formas de culto divino. Siempre nos ha llamado la atención cómo pueblos cultos han generado barbaries. De ahí que la educación puramente académica, la cultura en un estado más acabado, no alcanza para evitar la barbarie y, por lo tanto, la violencia. Esta violencia que en nuestros días divide a los pueblos entre los nuestros y los otros, incluso con argumentaciones histórico-eruditas, donde no hay intercambio de opiniones y perspectivas, sino agresiones y degradaciones que justifican la división violenta, es un signo de falta de civilización: no podemos convivir con el otro.

Por lo tanto, el desarrollo del poder espiritual que nos lleva del mal al bien, del bien a lo óptimo, y que nos permite superar la adversidad, requiere en nuestros tiempos un cuidado espiritual centrado en tres ejes: educación de la conciencia, mirar al hombre como portador de una dignidad incondicional y, finalmente, una educación cívica.

## Conclusión

Partiendo de la extensión de significados de la palabra violencia, hemos intentado alcanzar un concepto el cual fue leído, a su vez, desde la perspectiva del análisis existencial frankleano.

Concluimos, finalmente, mostrando que la violencia implica un oscurecimiento de lo espiritual que, de ese modo, deja de regir, de ejercer su poder, que es espiritual. Este poder espiritual, más que voluntad de poder, se manifiesta como poder de la voluntad, que nos permite ser nosotros mismos, o mejor aún, ser lo que debemos ser.

*Pablo Etchebehere es doctor en filosofía; trabaja como docente y bibliotecario en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina.*

## **Referencias**

Arendt, H. (2010). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: DeBolsillo.

Blumenberg, H. (2000). *La legibilidad del mundo*. Barcelona: Paidós.

Corominas, J. (1973). Violento. En *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana* (3<sup>o</sup> edición). Madrid: Gredos.

Frankl, V. E. (1983). *Psicoanálisis y existencialismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mondolfo, R. (1971). Heráclito. Textos y problemas de su interpretación. México: Siglo XXI

Ortega y Gasset, J. (2004). La interpretación bélica de la historia. En *Obras Completas* (pp. 633-643). Madrid: Taurus, Fundación Ortega y Gasset.

Paz, O. (2015). *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.